LA IDEA DE AMERICA EN MENENDEZ PELAYO*

América, su perfil y definición, se ha ido construyendo a lo largo de siglos desde los promontorios de Europa. Descubierto el Continente, fue encuadrado en las coordenadas del Mundo Viejo. Era la tierra del todo por hacer, suelo para la utopía, los injertos audaces, las heterodoxias. O la continuidad en los grandes espacios de una misma y tradicional manera de ver la vida.

América, pensada desde Europa, tierra de proyección de valores europeos. Todos se han considerado con derecho a rotular América. Desde el disparate de Colón —eficacia del sueño y la equivocación obstinada— a los soldados españoles que vieron tierras de promisión, ínsulas baratarias y poblaron el suelo nuevo de todas sus ambiciones y registros medievales. Objeto de extrañeza para el curioso Montaigne, excluida por Hegel del área de planeamiento del Espíritu, clasificada por los Humboldt viajeros. Y ésta es quizás la servidumbre mayor americana. Que es definida por Europa y se pretende amoldarla en los cauces viejos. El americano escucha lo que de él se dijo y dice y desde el primer momento reclama para sí originalidad. Porque tiene dimensiones nuevas de espacio y tiempo e instituciones que aunque nacidas en Europa se adaptan y construyen sobre su peculiaridad. Todos echaron su cuarto a

* Ponencia presentada en el Coloquio mencionado en p. 137.

espadas y vistieron América de sus deseos, frustraciones, tradición o utopía. Ahora ya empieza a ser tierra elaborada, reflexiona sobre sí misma y encuentra su lugar entre los hombres.

Menéndez Pelayo dijo también su idea de América: un deseado campo nuevo para la realización de la cultura grecolatina y cristiana. Cuando escribe sus reflexiones sobre la literatura hispanoamericana es tiempo de recelos, no lejos las guerras de emancipación, todavía son de España Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Su pretensión es acercar los pueblos que han sido unidad y el camino es el estudio de la lengua en lo que ella crea de manera más alta. La separación de los pueblos hispanos, creía, fue una guerra civil, pendencias españolas de ambos lados del mar, proceso extemporáneo e inmaduro.[1] Comienza su tarea «hoy que la fraternidad está reanudada». Considera que esta obra es marginal, que no dispone de información suficiente y sin embargo va a servir de base a todos los estudios posteriores sobre el mundo americano. Se queja de que no es conocida: «Esta obra es, de todas las mías, la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad».[2] Y como es lógico juzga América y lo americano con sus herramientas personales de fin de siglo y de orientación tradicional y conservadora. Lo hace con sus varas de medir y el inevitable apasionamiento que exige la no lejana independencia del Continente y la que aparece inmediata de las Antillas. Ve América como prolongación de España y aunque afirme que es estética su pretensión crítica es fácil observar su insistencia sobre el españolismo o antiespañolismo de sus juzgados. Origen, profesión de fe, postura ante la independencia, como luego veremos.

---

[1] Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana* (Santander: CSIC, 1948) II, 182. Todas las citas de Menéndez Pelayo se hacen de esta edición del CSIC.

[2] Ibíd., I, 4.

Traslada Menéndez Pelayo a su reflexión americana la nostalgia que por el pasado motivó su obra. Hoy diríamos que era búsqueda de un mundo sin contradicciones, el remanso de un mundo convencional grecolatino o soñada Edad Media: «me he acostumbrado a vivir con los muertos en más estrecha comunicación que con los vivos», nostalgia de lecturas de infancia y adolescencia, instituciones clásicas en su objetivación formal, modelos ahistóricos, ya que se deja a un lado lo que fue la vida diaria contradictoria que las origina. En el recuerdo asumido y frecuentado, el imperio español desaparecido y su *pax hispanica,* «aquel imperio colonial, el primero y más envidiado del mundo».[3] Hubo siglos de estabilidad en el inmenso cuerpo de la América española, única fisonomía. De Norte a Sur, en el Continente y en el Caribe, iguales instituciones, igual estratificación social, la misma concepción de la vida. Algún historiador contemporáneo se sorprende de este mundo quieto y enorme que dura más de tres siglos. Se indigna el italiano Halperin Donghi —bien lejos del *sine ira et studio* de su profesión— porque ese imperio y su caduca estructura alcanza longevidad y llega intacto a 1810.[4] Es explicable la evasión a este mundo quieto en Menéndez Pelayo, nacido en la mitad del siglo XIX y conocedor de las etapas más agitadas de la vida española. Desde 1856, guerras civiles, pronunciamientos, constituciones y pérdida de los territorios americanos en 1898. Por ello no extraña que este espectador y protagonista inevitable de tan azaroso tiempo buscara refugio en el pasado, en el clásico grecolatino y su creación estética —la distancia y perfección formal ha superado las contradicciones y violencia de donde nace— o en este imperio español en donde se intentó y en rincones se pudo llevar a cabo la utopía platónica, el mundo inmovilizado, lograda ya la organización social definitiva. Este deseo de vivir en lo que se piensa fue

---

3 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles* (Santander: CSIC 1948) V, 176.

4 Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza Editorial, 1969) 12.

mejor, recoger de la tradición los logros y olvidar lo perverso, el pasado como ejemplaridad. Es lógica su mayor complacencia cuando se refiere a las «fundaciones» de los jesuitas en el Paraguay[5]; con su división de tareas, organización del tiempo, vida medida y armónica que asombró a Hegel y es punto de referencia del pensamiento utópico.

Menéndez Pelayo quiere conservar y revivir, ahora rota la unidad política, los valores que informaran aquel espacio común. Establece su centro de trabajo en Madrid y Santander y desde ellos dirige, informa, impone, bendice o niega a los protagonistas del mundo americano. Amplia correspondencia, posible solamente con su capacidad de esfuerzo, recibir y juzgar publicaciones, estar al tanto de lo que se hace y se le pide hacer por sus corresponsales. Leer este intercambio asombra por la variedad de interlocutores, la huella honda que deja el crítico español en la vida cultural americana. También sabemos que aplicó en esa tarea y aquí de manera bien patente sus compases y metros, juzga desde «aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética perenne que (salvo extravíos pasajeros) canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo».[6] Como señala Torrente (1965, 156) careció Menéndez Pelayo en el orden histórico y estético del sentido de lo accidental y relativo, aunque él mismo ya acusa la posible quiebra de esa pretendida estética perenne a finales de siglo: «pero la literatura contemporánea es ondulante y movible, en que a cada paso cambian las posiciones del artista y también las del crítico».[7] Quizás de ahí su discreción cuando en su estudio de los poetas hispanoamericanos se limite a los autores ya muertos.

En la correspondencia americana de Menéndez y Pelayo se pone de manifiesto su presencia, rectorado, voz bien es-

---

[5] Y cita la obra de José Manuel Peramás, *La República de Platón y los Guaraníes* (Buenos Aires: Emecé, 1946).

[6] *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, I, 8.

[7] Ibíd., 11.

cuchada. Las cartas iban y venían de todos los países hispánicos con información, preguntas, aliento. Hay siempre un deseo en el corresponsal de recibir del español el espaldarazo de su consideración. Así le escribe Miguel Luis Amunátegui: «En los tiempos coloniales no había dicha mayor para los indianos de América que recibir una cédula del Rey. ¿Qué motivo más grande de satisfacción para un chileno que haber sido agraciado con una carta del primer crítico español?».[8] O de Teobaldo Corpancho, peruano: «Nosotros, los americanos dedicados a las letras, nos complacemos íntimamente cuando obtenemos el fallo aprobatorio de eminencias como Vd.».[9] También hay que decir que sus corresponsales significan en América lo que Menéndez Pelayo en el mundo español: visión y deseo conservador, unido a la tradición católica como ordenadora del mundo. En los epistolarios publicados, los personajes que allí aparecen insisten siempre en estos puntos: magisterio indiscutible de don Marcelino, deseo de ser tenidos en cuenta por él, ánimos mutuos para seguir luchando por su común ideología. Algunos son tan extremados que piden al español que sea bandera de su postura, el colombiano Gómez Restrepo le llama «paladín de nuestra causa», «que ha combatido el error con convicción profunda y asombroso talento, logrando imponer respeto a los más descarriados».[10] O Rafael María Carrasquilla: «y que Vd. es conocido de todos los colombianos buenos. Los clérigos, sobre todo, nos perecemos por Vd. y tenemos su retrato y le sabemos su vida y milagros».[11] Otras más serenas y permanentes como la del puertorriqueño José de Diego, que observa dolorido en la familia común el desgajamiento de su Borinquen, la Isla pasa a manos norteameri-

---

8 Miguel Luis Amunátegui, «Correspondencia con Menéndez Pelayo», en *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Santiago, 1970, n.º 138) 45.

9 «Diecinueve cartas inéditas de peruanos ilustres a Menéndez Pelayo», *Mar del Sur* (Lima, marzo-abril, 1949) 1-16.

10 Enrique Sánchez Reyes, «Menéndez Pelayo y la Hispanidad», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* (Santander, 1951) 183.

11 Ibíd., 180.

canas: «tras la dolorosa transformación política de mi país, siento una honda ternura al comunicarme con los grandes maestros, con los gloriosos hijos de la vieja metrópoli».[12] Menéndez Pelayo anudó lazos, restauró el diálogo. También canoniza y define, establece escalafones de capacidad. Y corresponsalías de la Academia Española. Título perseguido, solicitado desde América. Y a veces, situación extraña, es rechazado como en el caso del argentino Juan María Gutiérrez, que «fue el único americano que rehusó el puesto de correspondiente de la Academia española; acto de mal gusto, que le valió aun en América severas censuras».[13]

Larga galería de criollos es la relación de los que Menéndez Pelayo juzgó, animó y dio aliento. Los Caro, Cuervo, Zorrilla San Martín «montañés de origen como Vd.» (lo mismo hubiera podido decir el tirano Rosas).

La visión de América en Menéndez Pelayo es la de una tierra que recibe, asume y conserva la cultura occidental europea en su versión latina, humanística. Valores grecolatinos y católicos implantados en el escenario nuevo. Derecho romano, ortodoxia católica, estética y moral de ella derivadas. España, dice, trasplantó al Nuevo Mundo «el substratum... o... lo más íntimo y sustancial de la civilización española, así en lengua como en costumbres, instituciones y leyes». Desde nuestra cómoda postura de hoy vemos, sin embargo, el cambio histórico como dimensión fundamental de las instituciones. Y si lo observamos en nuestra circunstancia europea, tan elaborada y gravada de tradición, mucho más lo será en el continente nuevo. Las instituciones nacen y se desarrollan en un medio geográfico, social, económico preciso y su trasplante no es posible sin variación de fisonomía y contenido. Varía el escenario,

---

12 Ibíd., 180.

13 *Historia de la Poesía Hispanoamericana,* II, 383, nota. Aunque Antonio de Valbuena tenía idea distinta de la Academia y de sus correspondientes. Dice el peruano Palma: «Tiene de mal poeta todo lo que se necesita para pertenecer a la Academia Española en clase de correspondiente». Citado por Fogelquist, *Españoles de América y americanos de España* (Madrid: Gredos, 1968) 52.

las distancias, el clima, hay mestizaje. Luego lo sembrado en el suelo nuevo también se altera. Por eso nos sorprenden los criollos de leontina y barba que cultivan con cuidado la tradición de la cultura humanística europea. En rincones alejados de selva y llano, allí aparece un hombre que traduce a Horacio y Virgilio. Como se dice de M. A. Caro, el colombiano: «El es un humanista práctico, que escribe en latín como lengua propia; él vive el humanismo como lo vivieron los renacientes: con el mismo sentimiento de novedad, de reencuentro, de devoción filial a Roma y a la antigüedad».[14] Sorprenden en América, acuciada de necesidades: repoblación, dominio del entorno, mezcla de sangres dispares, climas, inventario de fauna y flora, los criollos dedicados al conocimiento de los textos latinos. Menéndez Pelayo en su *Horacio en España* incluye nombres importantes. El ejemplo más claro sería Andrés Bello, a quien admira: «el nombre más venerable en la historia americana».[15] En lugares recientes, de Venezuela a Chile, estudia este criollo temas como la naturaleza de la versificación asonante, «emprendió desde América la restauración del Poema del Cid», «la edición fue trabajada en un rincón de América, con falta de los libros más indispensables».[16] Sorprende que a través del todavía difícil Atlántico vayan y vengan informes, distingos sobre estas tareas. El mexicano Roa Bárcena le pregunta por un verso latino defectuosamente traducido, Rafael Angel de la Peña le envía su *Tratado del Gerundio,* Pagaza, su traducción de las *Geórgicas* y la *Eneida.* Y es revelador en esta línea cuando leemos la carta de Pedro Henríquez Ureña, criollo dominicano, que cruza el mar para pedirle ayuda en la búsqueda de versos endecasílabos acentuados en sílaba cuarta. Pedro Paz-Soldán y Unánue le consulta desde el Perú la acepción en Fedro de *pullus gallinaceus* y le habla de su libro *Poemas latinos. Traducción en verso castellano de Lu-*

---

14 Manuel Rivas Sacconi, Miguel Antonio Caro, *El latín en Colombia* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1949) III, 410.

15 *Historia de la Poesía Hispanoamericana,* 412.

16 Ibíd., I, 364.

crecio, Virgilio «y que por el estrecho de Magallanes y vapor español... mandé».[17] Quizás la mayor sorpresa la tenemos ante Juan de Castellanos, andaluz renacentista que pasó a América de muchacho. Vivió las incidencias de soldado en la costa venezolana y pasados los años se ordenó sacerdote. Se retiró en el corazón de Nueva Granada, en los Andes de Tunja, cerca de Bogotá. Allí compuso en el largo tiempo del altiplano sus *Elegías de los claros varones de Indias* en 150.000 endecasílabos, el más largo poema de nuestra lengua, que si como logro poético es poco afortunado es sin embargo archivo importante de la peripecia conquistadora. Lo que aquí queremos indicar es el gusto de Menéndez Pelayo porque en las *Elegías* aparece —tan lejos— reflejada la contienda peninsular sobre el uso del octosílabo tradicional y el endecasílabo innovador: « ¡Cuánto agrada encontrar en aquel pequeño grupo de heroicos españoles perdidos en las soledades de los Andes un eco de las contiendas literarias que en la Península traían los petrarquistas enamorados del arte italiano con los partidarios de la medida vieja! ».[18] Reto del entorno, supervivencia en un medio hostil desconocido y la preocupación por el uso de uno u otro verso. Siglos más tarde, en la misma línea del humanismo, Menéndez Pelayo se asombra de Castellanos: «No se alcanza cómo en las selvas de América llegó a adquirir el dominio de la octava toscana».[19]

Ideología, estética, mundo común que Menéndez Pelayo informó en la América de su mismo signo. Hasta las incidencias de la vida pública española en las que él es protagonista alcanzan eco en rincones de aquel continente.[20]

---

17 «Diecinueve cartas inéditas de peruanos ilustres a Menéndez Pelayo», 4.

18 *Historia de la Poesía Hispanoamericana,* 412.

19 Ibíd., 421.

20 El mexicano Gabino de Márquez le escribe: «Muy Sr. mío: No hace muchos días que firmamos varios jóvenes de nuestra ciudad un cablegrama de felicitación, con motivo de haber visto la luz su hermosísima carta contra las escuelas laicas». Y algunos escritores colombianos le dicen: «Si en su tierra no le hacen plena justicia, por este lado del Océano tiene Vd. millares y millares de admiradores que

Quizás sea Colombia la tierra sobre la que proyecta un mayor afecto y trato cuidadoso. Miguel Antonio Caro es la figura que admira. Nunca se vieron, se escribieron siempre. Rufino José Cuervo fue su afín. «La cultura literaria de Santa Fe de Bogotá, destinada a ser con el tiempo la Atenas de América del Sur, es tan antigua como la conquista misma».[21] El capítulo dedicado a Colombia en su *Historia de la poesía hispanoamericana* es el más cuidado. Habría que analizar despacio esta inclinación y encontrar los factores que la motivaron. Colombia es fundamentalmente el altiplano, quieto y formalista, capitalidad bogotana, no el Caribe y menos aún el Pacífico. La división colombiana todavía presente en conservadores y liberales va más allá de los programas políticos y repitió la dicotomía peninsular del siglo XIX. Conservadores, «godos», vinculados como en ningún otro lugar americano a la tradición española. El que fuera presidente de la República, Laureano Gómez, bien cercano a nuestros días, citaba en sus discursos políticos a Menéndez Pelayo. La Academia de la Lengua, el Instituto Caro y Cuervo, de seria investigación filológica, en la misma línea. Nombres de Marco Fidel Suárez, Rafael Reyes, Julio Arboleda, Rafael Carrasquilla, Carlos Holguín, Carlos Arturo Torres, Rafael Pombo, Guillermo Valencia, el sabio Caldas, «a quien España debe un monumento expiatorio».[22] Plantel de cuidadores de la lengua y creadores que hacía escribir a Menéndez Pelayo: «buena falta hace que de esa España andina venga algún soplo vital que nos refresque y vigorice el espíritu nacional harto apagado y marchito». Y muestra de esta vinculación es el pesar que por su muerte siente la nación y la Academia colombianas. Así el discurso de Gómez Restrepo en esta oportunidad. Repasa con exacto conocimiento la vida y obra y subraya la absoluta identidad ideológica. Alguna muestra: « ¡La Historia de los Heterodoxos españoles es la his-

---

piensan y sienten como Vd. y rechazan y desprecian con viril energía los dardos dirigidos desde el bando opuesto». Sánchez Reyes, o. c., 26.

21 *Historia de la Poesía Hispanoamericana,* I, 408-479.

22 Ibíd., I, 433.

toria de los que han pretendido hacer germinar la semilla de las herejías en el suelo impropicio de España! ».[23] Añadamos: «Y vio al krausismo, a modo de selva oscura e inextricable, donde se emboscaba la juventud española, para vagar sin tino o para caer luego en las brutales conclusiones del positivismo».[24]

Quizá la muestra más importante de la dedicación de Menéndez Pelayo a América sea su inclusión dentro de la redacción nueva de la *Historia de las Ideas Estéticas*. Se cumpliría el viejo anhelo americano: ser recibidos en el hogar común occidental, ser contemporáneos de todos los hombres. Hoy ya lo son, como testifica Octavio Paz. Gili Gaya escribe que entre los papeles autógrafos de la biblioteca de Santander aparece ese deseo de don Marcelino. Supondría «la primera inserción de los escritores hispanoamericanos en la historia de la estética universal».[25]

Pero la América nacida de España buscaba desde la independencia caminos de salvación y progreso fuera de la tradición Española. Era grande el desarrollo de los vecinos del Norte, su crecimiento económico, sus libertades y paso seguro. Por ello, el positivismo y utilitarismo fueron programas solicitados y por algunos practicados y vividos como vehículos para salir del estancamiento en que les dejaba la herencia española. El mundo moderno con la conquista de la naturaleza, triunfo técnico, salvación inmediata e individual, economía y desarrollo de la industria, estaba más allá de sus fronteras. Se ha escrito mucho sobre el positivismo y su influencia en Hispanoamérica. Con sus protagonistas como Justo Sierra, educador de Méjico, que quiere arrancar los hábitos de la Colonia, basada en Clero y Milicia, atraído por la organización social

---

23 *Epistolario de don Miguel Antonio Caro, Bogotá,* 1941, 255.

24 Antonio Gómez Restrepo, *Discurso en elogio de Don Marcelino Menéndez Pelayo pronunciado ante la Academia Colombiana el día 30 de junio de 1912* (Bogotá, 1912), 5 y 22.

25 Samuel Gili Gaya, «Ideas estéticas y americanismo», *Revista Interamericana de Bibliografía* 4 (1956), 313-324.

y mental de los EE.UU. del Norte. Sarmiento quiere borrar el acervo español, escolasticismo, verbalismo, rigidez jerárquica, finalidad estética y religiosa de la vida. A Sarmiento Menéndez Pelayo le llama «el gaucho de la república de las letras» por su violencia, rotura de la tradición atadora e inútil para la construcción de su idea de Argentina, pero también habla de su fuerza, fácil espontaneidad, y le considera el primer escritor de su patria.

Utilitarismo, eficacia técnica, cívica y administrativa. Como el peruano Manuel Vicente Villarán: «necesitamos formar hombres prácticos y sensatos, antes que teóricos e imaginativos... provistos de potencia y virtudes activas, no de refinamientos morales y estéticos».[26] Educar para el trabajo, la tarea, sobre todo manual, como fuente noble de vida. En Hispanoamérica se desprecia el trabajo, dice Villarán, «porque de hecho no había trabajador que no fuese siervo... se llegó a pensar que el trabajo era malo y deshonroso». También sucedió esto previamente en la Península y su composición trirracial. Sí a los EE.UU. del Norte (Sierra muere el mismo año que Menéndez Pelayo, 1912), libres y prácticos, y no a las formas europeas más o menos contaminadas aún de tradiciones aristocráticas, monárquicas o clericales. Añadamos la protesta del ecuatoriano Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo: «Vivimos en la más grosera ignorancia y en la miseria más deplorable». A lo que Menéndez Pelayo sin querer entender el sentido de las palabras del ecuatoriano contesta: «Como si sus propios escritos, nacidos bajo el régimen colonial y bajo la educación española, no fuesen la prueba más brillante de lo contrario».[27] Los Sarmiento, Sierra, Villarán, son numerosos y negadores del magisterio de Menéndez Pelayo y lo que él significaba. Para ellos no era más que seguir en los caminos de vida muerta de la Colonia, en un mundo de espaldas a la modernidad. Hasta un hombre como Vasconcelos, tan poco sospe-

---

[26] Citado por Leopoldo Zea, *El pensamiento de Latinoamérica* (México: Ariel, 1976), 290.

[27] *Historia de las ideas estéticas en España,* III, 509.

choso de buscar soluciones foráneas, escribía de los vecinos del Norte: «¡Cómo deben reir de nuestro desplantes y vanidades latinas estos fuertes constructores de imperios! Ellos no tienen en la mente el lastre ciceroniano de la fraseología...».[28] Y así los pueblos hispanos se vistieron de instituciones extrañas e intentaron olvidar su eficaz o ineficaz, pero propia fisonomía. Por eso ofrecieron al mundo un espectáculo de desconcierto.

El humanismo en América, de tradición española, información religiosa católica, frente al liberalismo sajón, protestante. Hemos visto cómo Menéndez Pelayo contesta a Santa Cruz y Espejo asegurándole la excelencia de su formación. Es cierto que esa visión humanística de la vida crea individuos excepcionales. Pensemos en la delicadeza y el perfil de hombres como Caro, Bello, Valencia, de Diego. Difícil es encontrar tipo humano más elaborado que el criollo: tradición, manos finas, educación estética, ocio y economía agrícola no industrial. Hablan francés, hoy inglés, algunos dominaron el latín y el griego[29] («ocio ostensible y diferenciador», según Veblen). Y los siervos a enorme distancia, en un mundo que, según su concepción religiosa, es así por voluntad divina. Es una sociedad estática, ya definitivamente jerarquizada. Igualdad de los seres humanos, la misma dignidad de ser hombre, pero en una última instancia religiosa. Lo cierto es que un hondo foso cultural y económico y racial separa a señores de siervos. En los criollos, personalismo, unión —o más bien confusión— de la formación y capacidad estética con la tarea pública. Es larga la lista de humanistas y creadores que fueron hombres de Estado: Sarmiento, Marcos Fidel Suárez, Rómulo Gallegos, hasta Juan Bosch. Escribía el ya lejano Ricardo Palma: «Casi no hay en toda la cadena de repúblicas que baña el Pacífico

---

[28] José Vasconcelos, *La raza cósmica* (México: Austral, 1966) 26.

[29] «Cuya clave —de las humanidades— sólo por refinado y erudito diletantismo llega a obtener quien no ha nacido en sociedades agobiadas por el peso de larga historia», dice el mismo Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana,* 120.

un solo nombre literario que no sea al mismo tiempo un nombre político».[30]

Hombres como Rodó, Vasconcelos, Deústua, conocedores del mundo norteamericano, harán reflexionar sobre la naturaleza e historia propias y ahondar por el camino familiar. Sin desconocer e intentando aprovechar, si es posible, el pensamiento de Comte, Spencer y el pragmatismo del Norte. Vasconcelos, bilingüe en su infancia de frontera, habla de la estrechez del positivismo, de la vida como creación. Y así Korn y Deústua y el uruguayo Molina: sí a la técnica, pero no sólo este horizonte. Mantiene desde su base hispana la «esperanza de nueva cultura de forma superior que vincule técnica y humanismo». Rodó es el predicador más efectivo frente a la exclusiva «nordomanía». Sí asimilar pero no desnaturalizar. También los mejicanos Caso, Reyes..., larga nómina de pensadores hispanoamericanos que aunque admiradores del progreso de EE.UU. conocen su propia raíz y saben lo inadecuado de adaptarse a instituciones nacidas en otro dato geográfico, histórico y racial. Excesiva alienación y pérdida de identidad. Pretenden que la vida no quede desprovista de sentido y transcendencia, más allá del mero logro económico y triunfo del presente en el despliegue técnico.

Desde nuestra cómoda perspectiva de hoy vemos cómo Menéndez Pelayo no entendió el futuro americano —que ya empezaba a manifestarse en sus años—, el hacerse inevitable de un mundo realmente nuevo con el aporte de elementos dispares. O no quiso verlo. Juzgó a los muertos tan sólo, les midió con los parámetros de Aristóteles y Horacio. También con las varas de la ortodoxia católica,[31] tradición del arte como

---

[30] Ricardo Palma, citado por Emilio Carilla, *El Romanticismo en la América Hispana* (Madrid: Gredos, 1975) 24.

[31] Algunos juicios en este sentido. De Juan María Gutiérrez, el «inexcusable odio a España», «empedernido volteriano», aunque sí reconoce sus méritos de hombre culto y capaz (383). De Lafinur, argentino: «Profesor de filosofía materialista de cuyos errores abjuró después, muriendo como fervoroso cristiano» (335). Heredia y su fondo religioso

capacidad para reflejar «las íntegras, sencillas, inmóviles y bienaventuradas ideas». En el orden estético, los modelos de perfección de Lista, Quintana, Gallego. Rechazó en nombre del «buen gusto» lo gongorino y su herencia americana, desvío de la sensibilidad por educación desafortunada. Se quedó en el criollismo y América como provincia española emancipada: «La literatura americana es literatura colonial, literatura de criollos; no es obra de indios ni de descendientes de indios». Y petrificó esta visión de América como se esclerotiza la dinámica social en las repúblicas utópicas. Pero bullían las razas en encuentro nunca evitado y en rápido crecimiento de población. La América que cambiaba de rostro sin borrar sus facciones originarias, que se independizaba y exageraba su reacción frente a España para definirse. A la América confusa y mezclada, desviada de positivismo y utilitarismo, no quiso verla. Ya se enfrentó con Sarmiento, heterodoxo de pensamiento y lengua. No quiso pasar del remanso clásico, equilibrado y grande sin duda, de Andrés Bello.

El mestizaje americano no es elemento que aparezca como definidor en la obra de Menéndez Pelayo. El encuentro de razas y hombre nuevo, «cósmico» decía Vasconcelos. Bien lejos hoy la América de los Zea, Murena, Octavio Paz, rechazadores de lo que ellos llaman «castizo» español y deseosos de que la España heterodoxa sea su inspiradora: sí España y su tradición, pero la de los erasmistas, cristianos nuevos, ilus-

---

y moral, «que no perdió nunca, gracias a su educación cristiana y a la austera disciplina de su padre» (227). Y de Plácido: «los delirios políticos o más bien los rencores de casta, que le arrastraron al patíbulo» (253).

De Ricardo Palma, peruano: «volteriano, mas no incrédulo». Del mejicano Manuel Acuña: «el antiespañolismo rabioso», «incrédulo». José Luz y Caballero, cubano, es el «gran propagandista del filosofismo y separatismo entre la juventud de la Gran Antilla, que le veneraba como a su Confucio». Precisamente Sanguily le defiende en carta a Menéndez Pelayo, le llama «santo laico de la escuela cubana», *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua,* julio-dic., 1953, 244.

Los juicios anteriores están recogidos de la *Historia de la Poesía Hispanoamericana,* en las páginas citadas.

trados, republicanos exiliados o «trasterrados» en América. Tradición heterodoxa y desarrollo en la tierra nueva de la España que nunca pudo ser. Y como protagonista: el hecho radical del mestizaje, el hombre nuevo que incorpora a lo español americano la sangre india y negra: experiencias, mitos, sensibilidad dispares. El mestizo, que se empieza a decantar, ofrece frutos nuevos y tiene también un lugar original entre los demás hombres. Ellos aseguran que para este logro su primer esfuerzo fue mirarse a sí mismos, descubrir su identidad física y dejar a un lado arquetipos europeos, también inventariar el suelo propio. Y no esperar a que su definición y manejo viniera de fuera, de España, de Francia o EE.UU. del Norte. Adecuar la lengua a la realidad era la primera tarea. Hay que entender al «paisa» Gutiérrez González cuando dice «Yo no escribo español, sino antioqueño», y que Menéndez Pelayo considera en su significado elemental y por tanto inoportuno. Era necesaria la liberación del colonialismo de la lengua, adecuación de palabra y cosa, desterrar en el trópico sin estaciones los «mayos floridos» y las «tristezas del Otoño», la oratoria solemne, el formalismo inútil, la sintaxis rígida colonial. Porque la vida hablaba en la calle y en las veredas con exactitud y gracia. La moderna poesía (Vallejo, Neruda), la moderna narrativa americana (Asturias, Gallegos, García Márquez, Rulfo) lo han logrado, es su carta de naturaleza. Ser ellos mismos dentro de la casa grande y común del castellano.

ROMÁN LÓPEZ TAMÉS
Escuela Universitaria de E.G.B.
Santander